Francia..... ¡Proteccion moral!..... expresion vaga, frase indefinida, palabra vacía, que, si algo significa, no significa sino que me he quedado enteramente solo.

En vista del completo abandono en que por parte de las grandes potencias ha quedado Su Santidad, ¿cuál debe ser nuestra actitud?—¿Me lo preguntais, señores? ¿y me lo preguntais con ánimo sincero de atenernos á lo que os diga? Pues oid la voz del sacerdote, del paisano y del amigo. La actitud que, en presencia de las circunstancias difíciles que atraviesa la Iglesia, nos conviene tomar, es la siguiente: 1º prescindir por completo de toda política, dejando que la política la dirija quien tiene derecho y obligacion de dirigirla; y esto, aparte de otras muchas razones, por no enervar la accion de nuestro Gobierno, que quizás á estas horas está gestionando á favor del Papa lo que nosotros ignoramos; 2º guardar una conducta verdaderamente cristiana, es decir, arreglada, decente y libre de todo vicio; y esto, no solo para llevar con dignidad el dictado de católicos, sino por no quitar á nuestras oraciones la eficacia que les comunican la virtud y la conciencia pura; 3º hacer por Su Santidad el sacrificio pecuniario que tolere la situacion de cada uno; y esto, no tanto por darle una prueba de nuestro amor filial, cuanto por aliviarle del gran peso de deudas que le abruman; 4º y último, orar mucho por nuestro Santísimo Padre, y orar sin intermision, siguiendo el ejemplo de los primeros fieles, quienes, hallándose san Pedro en circunstancias muy análogas á las en que hoy se halla el Papa, oraron sin intermision por su triunfo, y no cejaron hasta haberlo conseguido: "Oratio autem fiebat sine intermissione ab Ecclesia ad Deum pro eo."

Hé aquí la actitud que nos conviene tomar: tomémosla, señores, y esperemos con serenidad los grandes sucesos que vienen: mantengámosla, y aguardemos tranquilos á ver qué es lo

que la Providencia dispone; que quizás no pase mucho tiempo sin que, batiendo palmas y cantando victoria, gritemos con el pueblo hebreo despues de haber pasado el mar rojo: "Cantemus Domino, gloriose, enim magnificatus est." Amen.

DISCURSO II.

¿Cuál es el verdadero motivo de esa guerra que se hace al Pontificado?

Quare fremuerunt gentes? *(Psalm. II).*

Cuando se nos presenta á la vista un fenómeno raro, sorprendente, inaudito, ora el tal fenómeno pertenezca al órden político, ora se verifique en el órden moral, ora se cumpla en el órden de la naturaleza, su vista despierta inmediatamente en nosotros un deseo irresistible de averiguar cuáles son las causas que lo producen, cuáles los elementos que lo forman, y cuáles los efectos que de él pueden resultar, no hallándose satisfecha nuestra curiosidad hasta que hemos llegado al punto de explicárnoslo todo, darnos la razon de todo, y saber demostrativamente el por qué de todo. Esto es natural, esto es lógico, esto revela la dignidad de nuestra alma y la nobleza de nuestro corazon. Sobre todo cuando el tal fenómeno se verifica en la esfera moral, y puede tener una aplicacion práctica que afecte nuestros intereses religiosos, entónces la curiosidad crece, entónces el deseo se aviva, entónces su aplicacion llega á sernos una necesidad imperiosa, un deber indeclinable.

Pues bien, el siglo XIX presenta á nuestra vista un gran fenómeno, un fenómeno raro, asombroso y jamas visto en los siglos anteriores; fenómeno, por otra parte, que, verificándose en el órden moral y religioso, y pudiendo ser para nosotros de consecuencias inmensas, no puede sino llamar mucho nuestra

atencion, y estimularnos á estudiarlo atentamente hasta descubrir sus verdaderas causas, y saber cuáles en último resultado pueden ser sus malos efectos. Este fenómeno consiste en acercarse, juntarse, identificarse, para derrocar el trono pontificio, elementos que de suyo se repelen, se rechazan, se excluyen mútuamente; porque son elementos tan encontrados como encontrados son el órden y la anarquía, la autoridad real y el desenfreno popular, la inteligencia que inspira y la fuerza bruta que obra. ¿No os choca, en efecto, ver como, para quitar de en medio al Papa y destruir el Catolicismo, se juntan reyes que quieren dominar al pueblo y pueblo que quisiera destruir á los reyes, ercritores que todos los dias minan los tronos y tronos que todos los dias reprimen las demasías de los escritores, sabios que quieren prevalezca la fuerza de la inteligencia y descamisados que pretenden triunfe el poder del brazo? ¿Qué es lo que acerca y junta elementos tan encontrados? ¿Qué es lo que concita contra el Papa reyes, pueblo, escritores y gente perdularia? "Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt reges terrae, et principes convenerunt in unum et adversus Dominum et adversus Christum ejus?."

La descifracion de este enigma, la explicacion de las verdaderas causas de esa guerra que se hace al pontificado, es la que deseo daros en el presente discurso, y eso al objeto de que, viéndolas, comprendais ser interes vuestro poneros de parte de Su Santidad, agruparos alrededor de su trono, y auxiliarle con vuestras oraciones y limosnas.

Al contemplar, señores, esa guerra atroz que hoy dia se hace al Pontificado, y al observar que en esa guerra obran de consuno la revolucion y la autoridad, el pueblo anárquico y algunos que empuñan cetro, se viene naturalmente á los labios

aquella duplicada pregunta que el real Profeta hace en el segundo de sus salmos: *Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania?* ¿Por qué braman las gentes contra el Soberano Pontífice, y los pueblos meditan hacerle daño? *Astiterunt reges terræ, et principes convenerunt in unum adversus Christum ejus:* ¿Por qué han asistido los reyes de la tierra, y los príncipes se han mancomunado contra el Señor y contra su Cristo el Papa? Pero poco trabajo cuesta dar una contestacion cumplida á estas preguntas, porque el mismo real Profeta la formula á renglon seguido en estos términos: Revolucion y autoridad, pueblos y monarcas se han coligado contra Dios y contra su Cristo el Pontífice romano, porque, queriendo ser independientes y vivir sin trabas, han dicho: *Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus á nobis jugum ipsorum:* ¡Qué Dios, qué Papa, ni qué cortapisas! rompamos de una vez sus cadenas, y sacudamos de nosotros su yugo espiritual é insoportable.

Con efecto, señores, el gran delito del Papa no es otro que ser el representante de Dios sobre la tierra, el depositario celoso del dogma de la moralidad, el defensor decidido del órden y de la justicia, el censor inexorable lo mismo de la tiranía que de la rebelion, lo mismo del despotismo de los reyes que de la anarquía de los pueblos. Eso de tomarse la libertad de decir á las testas coronadas: Reyes, príncipes, emperadores, cualesquiera que seais, sabed que el poder que teneis lo habeis recibido de Dios, y que él os lo ha dado, no para que seais los opresores de vuestros súbditos, sino para que seais sus padres, sus bienhechores y sus ángeles tutelares, gobernándolos con dulzura, amparándolos con vuestra autoridad, promoviendo su bienestar por medio de leyes sábias, justas y paternales. Eso,

digo, de hablar así á los monarcas, y decírselo en tono alto, como lo hace el Papa, sea que el que escucha se llame Víctor Manuel, sea que se llame Luis Napoleon, sea que se llame gran Czar de las Rusias, créaseme, es un atentado que los príncipes poco religiosos jamas perdonan, y del que procuran vengarse con la destruccion del Pontificado, gritando: Caiga, caiga ese trono que quiere sobreponerse al nuestro; aplástese, aplástese á esa autoridad espiritual que quiere imponer leyes á los mismos reyes; quitémonos, quitémonos de delante ese censor importuno que pretende dirigir y regular nuestros actos: *Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus á nobis jugum ipsorum.*

Y luego dirigirse con la misma libertad á los pueblos, y decirles: Escuchad, pueblos, atended, súbditos; vuestro deber es obedecer á las autoridades legítimamente constituidas, y esto deis hacerlo, no solo por no provocar su indignacion, sino por no comprometer vuestra conciencia. Repruebo los pronunciamientos, detesto las asonadas, condeno toda rebelion popular; y las condeno, y las repruebo, y las detesto en nombre de la razon, en nombre del Evangelio, en nombre del mismo Dios, que ha dicho: Quien á vosotros obedece, obedece á mí; y quien se subleva contra vuestra autoridad, se subleva contra la mia. Decir esto, digo, como lo dice el Papa, y decirlo á hombres que no quieren sujecion, que están reñidos con el órden, que buscan su medro en las conmociones políticas, créaseme, es un lenguaje insoportable para muchos, y que concitando su odio contra el Papa, los excita á gritar: Abajo, abajo ese poder que trata de esclavizar al pueblo haciendo causa comun con los tiranos; quítese, quítese ese Pontífice que condena el uso de nuestros derechos más legítimos: *Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus a nobis jugum ipsorum.*

Y luego dirigirse á los escritores públicos y con igual entereza decirles: Historiadores, novelistas, publicistas, filósofos, autores de cualesquiera libros ó folletos; acá vuestras producciones, acá vuestros escritos que en virtud de la comision que Dios me ha dado, me incumbe averiguar si están conformes con lo que prescriben la fe, la moralidad y el derecho. Tú, Proudhon, que has escrito que la propiedad es un robo, y que miéntras no se establezca el comunismo la humanidad no se hallará en su punto verdadero, entiende que tu libro no pasa, y que queda puesto en el Indice. Tú, Dumas, autor del *Monte Cristo*, que bajo los encantos de la novela has estampado máximas que subvierten el órden político y religioso, sepas que tus producciones no se toleran y que figuran en el número de los libros prohibidos. Tú, Renan, que, reproduciendo lo dicho por herejes antiguos, has publicado mil sandeces contra Nuestro Señor Jesucristo, negando estólidamente su divinidad, entiende que tu *Vida de Jesus* queda declarada por produccion insigne de ignorancia y de malicia, y que su lectura está severamente prohibida. Decir esto, digo, como lo dice el Papa, y decirlo á hombres altamente pagados de sí mismos, que se pasman de su propio talento, que se tienen por prodigios de saber y por lumbreras de su siglo, créaseme, es una intimacion que hiere hondamente su amor propio, y que, irritando su orgullo contra el Papa, los induce á clamar: Afuera, afuera ese alcázar del oscurantismo; desaparezca, desaparezca ese censor fanático que pretende apagar la razon, matar las inteligencias y pisar el primer derecho del hombre, que es la emision libre del pensamiento: *Dirumpamus vincula eorum et projiciamus a nobis jugum ipsorum.*

Y luego..... pero ¿á qué individualizar más, cuando todos los cargos que pueden hacerse al Pontificado vienen á con-

cretarse á estos tres puntos: el Papa, como Jefe de la única religion verdadera, tiene valor suficiente para condenar el error donde quiera que aparezca: el Papa, como Padre comun de todos los fieles, tiene bastante entereza para hablar alto á los soberanos cuando se convierten en tiranos de los pueblos: el Papa, como sostenedor nato del órden, tiene bastante sinceridad para reprobar los excesos de los pueblos que se sublevan contra los soberanos? Hé aquí todo el proceso del Papa, hé aquí todos los cargos que se le pueden hacer. ¿Y no hay otros? Que yo sepa, señores, no. Y si álguien sabe algun otro, que se levante y que lo formule. Que trate el Pontífice de transigir con el error, que se doblegue á bendecir las usurpaciones, que se preste á sancionar las rebeldías, y su trono no correrá ya peligro alguno, y sus enemigos soltarán las armas, y su autoridad será la más querida y acatada.

Pero ¿lo hará esto Su Santidad?..... ¿puede hacerlo?..... ¿conviene á nuestros verdaderos intereses que lo haga?..... ¡Cuándo se comprenderá que está en el interes de todos que el Papado triunfe, prospere y domine en todas partes! Porque ¿qué va á ser de vosotras, testas coronadas, el dia que os falte el apoyo del Pontífice que manda á los pueblos reconoceros como representantes de Dios, y estar sujetos á vuestra autoridad no solo por temor del castigo, sino por deber de conciencia? Conspiraciones, pronunciamientos, asonadas, traiciones, perfidias, hé aquí lo único que tendreis. ¿Qué va á ser de vosotros, pueblos, el dia que os deje el gobierno del Papa, que ordena á los soberanos miraros como hijos puestos á su cuidado, y no como esclavos á quienes puedan libremente oprimir? Vais á experimentar lo que dice el Espíritu Santo, que cuando los impíos empuñan el cetro, el pueblo gime y suspira: *Cum impii sumpserint principatum, gemet populus.* ¿Qué va á ser de

vosotros, ricos, el dia que desaparezca el Rey Pontífice que manda á los pobres primero sufrir todos los rigores de la pobreza, ántes que invadir el derecho de la propiedad? Robos, devastaciones, asesinatos, venganzas, hé aquí lo único que os vendrá. Y tú, mísera porcion de la humanidad, que estás precisada á ganarte el sustento con el sudor de tu frente, ó bien á acudir á la caridad de los ricos, ¿qué vas á experimentar si tiene que desampararte ese Padre espiritual que ordena á los acaudalados socorrerte en tus apuros, y partir contigo los réditos de su patrimonio? ¡Ah! que ni la filantropía, ni la humanidad, ni el cariño al pueblo, de que tanto blasonan los enemigos de la Santa Sede, serán bastantes para enjugar tus lágrimas.

¡Ah, señores! no basta hoy estar simplemente adheridos á la cátedra de Pedro, ni recibir con docilidad y respeto las decisiones que emanan de la Santa Sede, ni venerar y amar interiormente al Papa. En tiempos normales, en dias de bonanza pudiera ser esto suficiente, pero cuando los tiempos son extraordinarios, cuando los dias son de tempestad, cuando las circunstancias son tan críticas y apuradas, creedme, el título de católicos, que con santo orgullo ostentamos, exige de nosotros algo más. Quien en estos dias de peligro no se coloca decididamente al lado de Su Santidad, es sospechoso: quien no toma parte en su causa, es un traidor: quien no hace algo en favor suyo, es un mal católico. ¡Cómo! la nave zozobra, ¿y echarse á dormir?.... El edificio arde, ¿y contemplarlo con indiferencia?.... La ciudad es asaltada, ¿y cruzarse de brazos?..... El Papa pide nuestro auxilio, ¿y abandonarle á sus enemigos? No pide Su santidad que tomemos un fusil ó una espada y corramos á luchar con sus adversarios, porque ya sabe de san Pablo que estas no son las armas del cristiano: *Arma militiae nostrae non carnalia sunt.* Lo que nos pide es que nos armemos

con la oracion, la limosna y la penitencia, que son las únicas armas que sabe manejar el soldado de Jesucristo; pero que al mismo tiempo son tan poderosas, que, como dice el mismo Apóstol, son bastantes para destruir fortalezas, desvanecer planes, y humillar á toda soberbia que se levante contra Dios: *Sed potentia Deo ad destructionem munitionum, consilia destruentes, et omnem altitudinem extollentem se adversus scientium Dei.* (1) ¡Oh si todos los que somos *sinceramente católicos* á la española, nos agrupásemos en torno del trono pontificio armados con la oracion, la limosna y la penitencia!... Hagámoslo, y vereis cuán pronto calma la tempestad, cuán pronto se disipa la borrasca. Amen.

DISCURSO III.

¿Cual será el desenlace de esa que llaman cuestion de Roma?

Heliodorus autem quod decreverat, perficiebat. (II *Mach.* III, 23).

En tiempo que la ciudad santa de Jerusalen disfrutaba de una paz envidiable, y su nombre era pronunciado con aprecio y veneracion en todas las naciones, y muchos príncipes extranjeros la honraban con su amistosa alianza, venerándola hasta el punto de contribuir con dádivas al sostenimiento de su culto y esplendor, cosas debidas todas, no al poder de sus armas, que era enteramente nulo, sino á la sabiduría, prudencia y buen gobierno del gran pontífice Onías que reunia en su persona el mando político y religioso, hubo, señores, un rey codicioso y audaz que, adoptando el sistema, si no justo, á lo ménos cómodo, de las anexiones, quiso anexionar á su erario los tesoros que

1 Ib. vers. 4 et 5.

por delacion de un traidor benjamita supo habia en el gran templo, enviando al efecto sus emisarios para que los tomasen á la fuerza, si no les eran cedidos espontáneamente y de buen grado.

No fué poca, dice el Texto sagrado, la consternacion que con este motivo hubo por toda la ciudad. *Non modica erat per universam civitatem trepidatio.* Las mujeres, ceñidas con cilicios, iban en tropas por las calles, levantando las manos al cielo, y dirigiendo á Dios fervientes súplicas: los sacerdotes, vestidos con los ornamentos de oficio, estaban postrados delante del altar, suplicando al cielo que impidiera el desastre: las vírgenes que vivian encerradas abandonaban el retiro, y unas corrian al templo, otras asomaban á las ventanas, otras acudian á las murallas, clamando todas á Dios que no abandonara á su pueblo.

Era verdaderamente un cuadro desgarrador, añade el Texto, ver aquella multitud confusa y agitada que atronaba los aires con sus lamentos y plegarias: *Erat enim misera commixtae multitudinis..... espectatio.* Pero lo más triste y desconsolador era mirar el semblante del gran pontífice Onías: verle la cara y quedar con el corazon traspasado era una misma cosa, porque su color demudado y pálido revelaba desde luego el gran peso de afliccion y amargura que interiormente le oprimia: *Jam vero qui videbat summi sacerdotis vultus mente vulnerabatur: facies enim et color immutatus declarabat internum animi dolorem.*

Entre tanto los emisarios del rey anexionador no atendian á otra cosa que á consumar el despojo, y si no lo llevaron á efecto, no fué,—notadlo, señores,—no fué porque alguno de los reyes aliados y amigos del pontífice interpusiera su veto, sino porque Dios, movido de las oraciones de su pueblo, tomó

el negocio por su cuenta é hizo ostentacion pública de su poder y justicia.

Este hecho histórico que acabo de narrar, y que se registra en el capítulo III, libro II de los Macabeos, ¿no os parece, señores, más bien que una simple imágen, una figura profética de lo que actualmente está pasando en la Iglesia? Yo descubro tal conformidad entre dos dos sucesos, que por el primero me parece podré deciros cuál ha de ser el último desenlace del segundo.

Roma, ciudad santa y monumental, capital del mundo y centro del Catolicismo, disfrutaba pocos años há de una paz y prosperidad verdaderamente envidiables. Su nombre era pronunciado con respeto y veneracion por todo el orbe, los primeros monarcas se tenian por muy honrados cuando merecian su benevolencia, los pueblos acudian á ella como los rios acuden al mar, como las líneas tiran al centro, como los astros giran alrededor del sol; honores debidos todos, no á la pujanza de sus armas, que nunca fueron temibles, sino á la sabiduría, virtud y prudencia de los grandes Pontífices que sucesivamente reinaban en ella con el doble carácter de Reyes temporales de sus Estados, y Jefes espirituales de toda la Iglesia. Cuando héte, señores, que un rey, no sabré deciros si director ó si instrumento de la revolucion, concibe el plan eminentemente atrevido de usurpar al actual Pontífice Rey sus reducidos Estados y anexionarlos á su corona, valiéndose al efecto de una turba de emisarios compuesta de lo más perdido, desmoralizado y demagogo que hay en Europa. Mi vista retrocede espantada ante el cuadro repugnante de los medios físicos y morales empleados para la caida y el derrumbamiento de ese trono augusto que cuenta tantos siglos de existencia; porque son medios indignos, no de

un majestad, sino de cualquier hombre vulgar que se estime. Periodistas que cobran del erario para que escriban contra el Papa, comités que reciben subvenciones del ministerio de Hacienda para que organicen la revolucion, oficiales que están en nómina secreta para que sean traidores en su dia; intrigas, bajezas, infamias, sobornos y todo lo que hay de más inmoral é indecente, hé aquí los medios que emplea todo un rey para consumar el despojo.

Es ciertamente un cuadro desgarrador contemplar lo que con este motivo pasa en todos los verdaderos fieles; que asustados, que consternados, miran ya como inminente la caida del Papa, y la desesperacion de su trono: "Non modica erat per universam civitatem trepidatio." Unos tiemblan, otros suspiran, otros hacen votos, otros levantan los ojos al cielo bañados en lágrimas, pidiendo fervientemente á Dios que reprima la audacia del rey insolente, que defienda al Pontífice santo, que proteja el Catolicismo sériamente amenazado: "Erat enim misera conmixtae multitudines..... expectatio." Hasta los indiferentes, hasta los hombres de creencias frias y amortiguadas se sienten conmovidos en estos dias, participan de nuestro espanto y consternacion, y unen sus plegarias á las nuestras para que el cielo impida el desastre. ¿Y cómo no consternarse, cómo no levantar el grito al cielo, si el solo considerar el peso de amargura y afliccion que oprime el angelical corazon del Sumo Pontífice basta para rendir el corazon más bravo y más duro? "Jam vero qui videbat summi sacerdotis vultus mente vulnerabatur."

¡Pobre Pio IX! ¡qué tiempos tan borrascosos habeis alcanzado! ¡qué dias tan tristes os ha deparado la Providencia! ¡qué série de amarguras y aflicciones van á hacer memorable vuestro

pontificado! Mi pensamiento os sigue, Beatísimo Padre, mi corazon os acompaña en todos los actos de vuestra atribulada vida, y observo que no hay hora, no hay minuto, no hay segundo en que vuestro angustiado corazon no exhale un suspiro. Os miro de noche, y os veo arrodillado ante el sepulcro de los santos Apóstoles, llorando los males que amenazan á la Iglesia.

Os contemplo de dia, y os veo triste, pensativo, meditabundo, discurriendo qué partido tomareis cuando venga la catástrofe. Os observo en el sueño, y noto que lo teneis pesado, inquieto, lleno de imágenes á cual más sombría y angustiosa. Os contemplo en la mesa, y veo que el alimento os es insípido, desabrido, amargo, molesto. Os observo en el retiro, y oigo que suspirais, que gemís, que dais amorosas quejas al cielo, pronunciando con ternura el dulce nombre de María. Os contemplo en el gabinete, y oigo que dais instrucciones á vuestros cardenales sobre lo que deberán hacer el dia que tengais que salir de Roma desterrado. Os contemplo.... ¡ah! no puedo continuar contemplándoos, Beatísimo Padre, porque el espíritu me abandona, porque el corazon me deja: "Jam vero qui videbat summi sacerdotis vultus mente vulnerabatur." Reyes, príncipes, emperadores: un paño á ese venerable Pontífice para enjugarse las lágrimas, un alivio á ese amabilísimo anciano para que no sucumba de pena.

Los reyes.... ¡oh sí! todos le compadecen, todos le tienen grandes simpatías, todos le son sinceramente adictos, todos deploran los males que sufre. ¡Cuánta simpatía! ¡cuánta adhesion! ¡cuánta protesta! ¡cuánta buena voluntad! Y.... y nada más, señores, y nada más: ni un paso, ni una nota, ni una indicacion á ese nuevo Atila, que le diga: ¡Alto! piamontés, ¡alto! que á la mitad del siglo XIX no se viola así descaradamente el derecho, ni se oprime así brutalmente al débil y al inocen-

te. Eso sí, muchos consejos al Papa para que capitule, para que transija, para que ceda. Pero ¿en qué ha de transigir? ¿qué ha de ceder? Es claro, señores, se quiere que ceda Roma, sus Estados, su dignidad, el dogma, la disciplina, la Iglesia, el catolicismo. ¡Ah! eso no se llama capitular, eso no se dice transigir; eso se apellida rendirse á discrecion.

Resultado, que el nuevo Atila no se detiene, que el segundo Alarico sigue impávido, que el moderno Heliodoro no cuida sino de consumar el despojo: "Heliodorus autem quod decreverat perficiebat." ¿Lo consumará? Señores, tengamos un poco de paciencia, en breve lo sabremos, el telégrafo queda encargado de decírnoslo. Quizás no pase mucho tiempo sin que nos diga que en Roma ha habido una catástrofe: quizás que Su Santidad ha huido, quizás que ha sido preso, quizás que le han asesinado. Todo esto cabe en lo posible, todo esto puede esperarse de sus implacables enemigos. Pero ¿sucedera esto? Señores: roguemos por Su Santidad, roguemos sin intermision: la oracion puede mucho, la oracion hace prodigios. Oró Moisés, y cayó el reino de Faraon: oró Josué, y venció á Moab: oró Elías, y vino fuego del cielo. ¿Pero nuestras oraciones harán que el Papa triunfe? Señores: Dios esfuerte, Dios es omnipotente, Dios es invencible. Faraon quiso oponérsele, y cayó en el fondo del mar rojo: Nabuco quiso resistirle y fué enviado á pacer yerba: Acab quiso hacerle frente, y fué derribado del trono. Pero ¿renovará ahora Dios estos portentos? Señores: yo no puedo decirlo, yo no lo sé, yo no soy profeta para entrar en los secretos del porvenir. Pero, si os place, os traduciré libremente un trozo del capítulo III del libro II de los Macabeos. Dice así: "A la hora precisa que Heliodoro iba á ejecutar el gran atentado, y rodeado de sus tropas, guardias y satélites, con audacia nunca vista, iba á consumar el ro-

bo sacrílego, héte aquí que el Señor Dios hizo allí una gran demostracion de su poder, de modo que cuantos la presenciaron quedaron sobrecogidos de terror y espanto. Porque se les apareció un caballo, sobre el que estaba montado uno de espantosa vista, y el caballo se echó impetuosamente sobre Heliodoro con los piés delanteros, derribándole lastimosamente á tierra. Y luego aparecieron dos mancebos de gentil figura, los que, colocándole en medio, le hirieron con muchos azotes, descargando sobre él terribles y repetidos golpes, y no cesando de azotarle hasta que quedó desmayado y perdió la palabra. De suerte que el que habia entrado en el templo con tanto aparato de guardias y ministros, tuvo que ser sacado en una silla de manos y echado fuera, sin que nadie pudiese socorrerle. Entre tanto Onías y el pueblo, viendo este prodigio de la Omnipotencia divina, no cesaban de bendecir al Señor; y el templo, que poco ántes estaba lleno de ansiedad y consternacion, en un momento fué lleno de tal gozo y alegría, que resonaba estrepitosamente con el ruido de mil cánticos, vítores y aclamaciones."

¿Oisteis? Yo, pues, no tiemblo por la suerte del papado ni del Catolicismo, yo no participo de esa agitacion y alarma que noto en muchos, yo hasta aquí conservo el ánimo muy sereno y el corazon completamente tranquilo; porque tengo la conviccion de que.... ¿creeis voy á decir que aun podemos esperar algo de los hombres? os equivocais. De los hombres no hay que esperar nada, nada absolutamente; porque el punto extremo á que han dejado llegar la que llaman cuestion de Roma, nos dice claramente que, ó no tienen voluntad, ó son ya impotentes para resolverla en sentido favorable al Catolicismo. Lo que me tranquiliza, lo que me inspira absoluta confianza es la fe que me dice, que Dios está con su Iglesia y con ella estará

hasta la consumacion de los tiempos; y que miéntras Dios no la abandone, podrá tener trabajos, podrá sufrir desastres; pero no sucumbirá, ni tan solo llegará á flaquear: "Deus in medio ejus non commovebitur." Despues de las nubes aparecerá el sol, tras la tempestad vendrá la bonanza, concluido el combate cantaremos victoria. Roguemos mucho para que esta serenidad, esta bonanza, esta victoria vengan á sonreirnos pronto. Amen.